

EL GENERAL FRANCISCO T. CONTRERAS

Hombre del río de Sonora, el general Francisco T. Contreras nació en La Estancia y su tumba está mirando al río, a pesar de que su muerte en combate se produjo en el Valle de Santiago, del estado de Guanajuato.

Lo recuerdo alto, bien plantado, alegre y decididor en las trincheras de El Resplandor, frente a la ciudad de León. Fue uno de los jefes predilectos del general Obregón y la acción de armas en que pereció fue ganada por sus propias fuerzas: aquel noveno batallón de Sonora que Contreras formó y que conquistó tantos laureles. ¡Gran jefe este sonorense ilustre!

Una vez más he de referirme a la actitud patriótica del pueblo de Sonora cuando, para responder a la cuartelada de Victoriano Huerta, se lanzó hacia la capital del Estado en demanda de armas para combatir al usurpador. Nunca he vuelto a ver tanta gente decidida a combatir, como en aquellos días en que de todos los rumbos llegaban a Hermosillo grandes grupos de ciudadanos, que habían abandonado sus hogares y pedían imperiosamente convertirse en soldados de la Revolución. Del centro del Estado y bajando por las cuencas de los ríos de Sonora y San Miguel, se reunieron muy pronto las fuerzas que en aquellos momentos podía poner en pie de guerra el gobierno local. Pero sobraron muchos hombres, que tuvieron que regresar a sus pueblos para esperar una nueva oportunidad de servir a México.

Entre los poblados que casi quedaron solos, porque sus hombres marcharon a la guerra, recordamos los pertenecientes al río San Miguel, Cucurpe, Rayón, Meresichi, Opodepe y San Miguel de Horcasitas. Los del río de Sonora que enviaron contingentes más numerosos fueron: Cananea, Bacuachi, Cumpas, Suaqui, Sinoquipe, Huépac, La Estancia, Baviácora y Ures. Sería larga la lista de los generales y jefes militares que salieron de esos dos ríos, que unen

sus caudales a las puertas de Hermosillo. Sólo mencionaremos unos cuantos nombres de revolucionarios sonorenses que surgieron de aquella zona, a principios de 1913: Juan G. Cabral, Ignacio L. Pesqueira, Miguel M. Antúnez, Francisco R. Noriega, Leonardo C. Holguín, Miguel Piña, Francisco T. Contreras, Jesús M. Padilla, Jesús Bórquez, Alfredo Martínez y Antonio R. Armenta.

Los ciudadanos de Sonora que en aquella memorable ocasión se hicieron soldados en su mayoría eran gente de campo, rancheros con poca cultura, pero preparados a hacer vida de campaña: eran buenos jinetes y estaban acostumbrados a realizar grandes jornadas por regiones agrestes, además estaban preparados en el manejo de las armas, sea por haberse aficionado a la cacería o porque vivieron en regiones frecuentemente atacadas por los “yaquis alzados”, a los cuales había que combatir con buenas armas de fuego, ya que los indios las tenían de procedencia norteamericana y no perdonaban a nadie. A la guerra del Yaqui y las consecuencias que traía aparejadas, se debió que los sonorenses estuvieran versados en el uso de las armas, cuando tuvieron que empuñarlas para combatir la usurpación. Sonora había sido maderista desde 1910, porque allá las autoridades porfirianas habían tratado cruel y despectivamente al apóstol de la democracia cuando se lanzó a combatir contra la larga dictadura. Madero fue una víctima de la tiranía imperante. Con su actitud valiente y decidida conquistó a los sonorenses.

*
* *

Entre los hombres que en Sonora se levantaron en armas en 1913 hubo, como en otras entidades del país, dos categorías: unos que entraban a la lucha por su afán de aventuras, porque se creían muy valientes o porque a toda costa querían figurar para que se hablara de ellos; los otros porque un ideal inflamaba sus pechos, porque creían que era necesario transformar la vida entera del país, para servir mejor a los desheredados, a los más pobres; y porque deseaban influir para que la riqueza y el poder se distribuyeran más equitativamente. Es decir, unos iban a luchar por el dinero, en su propio provecho; los otros combatirían por mejorar el gobierno y las instituciones democráticas, luchando más por los intereses colectivos que por su beneficio personal. Sería inútil y extemporáneo señalar ejemplos. Cada día se conocen mejor las vidas de los hombres que participaron en la Revolución. Ahora deseo referirme a

un hombre sencillo y cumplido, que luchó como bueno en los días más aciagos de la contienda y que por haber sido modesto y recatado es poco conocido: se llamó Francisco T. Contreras y murió en campaña.

Contreras era el tipo del norteno: alto de estatura, fornido, agradable la cara y pocas preocupaciones en el vestir; era amable y dicharachero y gustaba de conversar sobre lo que sería el triunfo de “la causa”: una época en que habría mayores oportunidades para todos, con gobiernos interesados en el bienestar del pueblo. Estaba seguro de que la victoria vendría en un plazo breve y gustaba de celebrar, junto con los soldados de su batallón, los triunfos de las armas constitucionalistas. Así hizo la campaña de norte a sur, junto a la costa del Pacífico, formando parte del Cuerpo de Ejército del Noroeste. Para entonces su nombre y sus hazañas eran sólo conocidos por la gente de Sonora.

*
* *

En los combates de Celaya participó con su batallón, el Noveno de Sonora, ostentando el grado de coronel. El general Obregón lo menciona en sus partes militares. Yo lo conocí después, cuando estábamos frente a la plaza de León, en las trincheras de la hacienda El Resplandor. Fue a visitar a sus amigos yaquis, Lino Morales y José Amarillas, quienes le tenían admiración y cariño. Porque Contreras, por su hombría de bien, inspiraba confianza y se daba a querer.

Cuando Villa envió una columna volante, al mando de Canuto Reyes y de Fierro, a posesionarse de Querétaro, el general Obregón personalmente trajo desde San Luis Potosí siete trenes militares, con tropas suficientes para impedir que los villistas en derrota pudieran hacerse de las vías del Ferrocarril Nacional. Desde que emprendió su viaje en la capital potosina Obregón previó que Reyes y Fierro no le presentarían resistencia en Querétaro y que el combate se daría en Valle de Santiago. En esta población guanajuatense se libró una batalla, en la que las fuerzas de Obregón, mandadas por el general Francisco T. Contreras, tuvieron la peor parte. Allí murió el bizarro general sonoreense. Obregón lo recuerda en sus “Ocho mil kilómetros en campaña”. “Las pérdidas de nuestra parte —dice el general invicto—, fueron aproximadamente de 100, entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el general Francisco T. Contreras,

cuya muerte es altamente lamentable, pues con ello nuestro ejército perdió a uno de sus más pundonorosos y valientes jefes”.

Los vecinos de La Estancia, en las márgenes del río de Sonora, orgullosos de su héroe, reclamaron sus restos y los colocaron en un modesto monumento que perpetúa la memoria del denodado general Francisco T. Contreras.